

Todo el mundo sabe, conoce y palpa esa verdad, menos sus historiadores, obstinados en no ver más padres del poder de Buenos Aires que Belgrano y San Martín, el Santo Patrón moderno de esa ciudad, que tuvo siempre por Patrón al Santo de su nombre, hasta que Rosas lo destituyó por ser francés, en odio al gobierno de Luis Felipe, su adversario.

Consecuente con su índole y naturaleza, el Banco de Estado es hoy el Banco de los Imperios de Rusia, de Austria, del Brasil, de Buenos Aires (imperio provincial, en miniatura).

El Banco de Estado es el poder ilimitado o imperial, porque es la máquina que sirve al gobierno para tomar prestado a la nación toda la fortuna de sus habitantes por emisiones de ese papel de deuda pública que se llama *billete de banco inconvertible*.

El dinero es el poder de los poderes, como el poder más grande, pues se compone del dinero de todo el mundo. El Banco de Estado es la máquina que pone ese poder en las manos del gobierno, es decir, del banquero soberano y supremo.

De tales bancos solo son susceptibles los pueblos que entienden la libertad como el Japón, la Rusia, la China, el Brasil, el Paraguay, que, después de bautizado en su baño de sangre y de libertad, no busca otra cosa hoy día que un *Banco de Estado*, para el uso de su nuevo gobierno, de libertad, descendiente natural de los gobiernos de los Jesuítas, del doctor Francia, de don Carlos López, etc., en índole y temperamento.

"Las naciones no se empobrecen jamás por la prodigalidad y la mala conducta de los particulares, sino a menudo por las de su gobierno." (1).

Si Buenos Aires no se desarma, por su propia voluntad, de su poder de endeudar a toda la República Argentina, a su respecto, con las emisiones de su papel-moneda de deuda pública, la nación no podrá quitarle esa facultad por una ley del Congreso, en virtud del Pacto de incorporación, inserto en la Constitución, que le reservó la facultad absoluta de legislar en lo tocante a su Banco de la Provincia.

Garantiéndole su autonomía en lo concerniente al banco y a la integridad de su territorio provincial, Buenos Aires está en el seno de la nación como un Estado en el Estado.

¡Y en ese Estado, extranjero a la nación, en cierto modo, reside hoy el gobierno nacional!

¡Si al menos conservase allí su libertad, ya que no conserva su poder! Pero la verdad es que el gobierno nacional se encuentra prisionero o arraigado en la provincia, que lo venció y reformó en *Pavón*.

(1) *Riquezas de las Naciones* — Lib. II, Cap. III.

Su integridad territorial garantida, mantiene a Buenos Aires en posesión de la capital de la nación; del puerto nacional al que está en la capital; de la aduana nacional que está en el puerto; del crédito nacional, basado en la renta de aduana; del poder ilimitado de endeudar a la nación por las emisiones de deuda pública que hace en forma de papel-moneda su *Banco de la Provincia*.

El banco es de la provincia en cuanto ella sola lo gobierna y explota, pero es de la nación por la naturaleza nacional del gaje que sirve de garantía vital a su papel;—la renta de aduana, en que consiste el tesoro nacional.

Ese orden, o desorden, de cosas es lo que Mitre, Sarmiento y Vélez llamaron *reconstrucción de la organización nacional en 1860*.

Desde ahí data la *crisis económica* que vive atrasando a la nación.

Todos le reconocen por causas los empréstitos o los abusos del crédito.

Pero los empréstitos no son todos extranjeros. Los más gravosos han sido los interiores, levantados a la sordina, por emisiones de papel de deuda pública consolidada, de billetes del tesoro, sobre todo de papel-moneda.

Cada emisión de esas es un empréstito forzoso levantado en el país.

No se mira por monstruoso y único, sino el empréstito de treinta millones de Sarmiento; pero Mitre ha endeudado al país en más de treinta millones por sus emisiones de papel-moneda de Buenos Aires, de fondos públicos nacionales y por su empréstito extranjero de diez millones de pesos para la guerra del Paraguay.

Contraídos para objetos loables aparentes, han servido, en realidad, para gobernar, después de haber servido para ganar el gobierno por guerras sostenidas con la plata del país.

Esos empréstitos han sido el resultado de la división del país y de los recursos del país en dos secciones antagonistas, y en dos gobiernos rivales. Para apoyar al de Buenos Aires contra el de la nación, levantó Mitre los empréstitos forzosos representados por las emisiones que hizo el banco desde 1854 hasta 1861 (más de doscientos millones de pesos moneda corriente). Para sostenerse, después, en la presidencia que él mismo empobreció por su reforma, hizo la guerra del Paraguay, que le dió pretexto para levantar en Londres un empréstito de diez millones de pesos fuertes.

Su colega en la reforma y rival en el gobierno, Sarmiento, en la misma presidencia, que los dos *desquiciaron* en odio a Urquiza, no pudo ejercer su autoridad nominal sin tomar treinta millones prestados al extranjero, para pretendidas obras públicas, en realidad para hacer las guerras del Pa-

raguay y de Entre Ríos que dieron ocupación y absorbieron la vida de su gobierno de combate y dispendio.

Prodigando ese dinero ajeno, en tanto que apuraba su consumo en préstamos de propaganda y reclutaje político, a vil interés, surgió esa fiebre de especulación, durante la cual emigró el oro al extranjero, forzado por un cambio desfavorable en el comercio exterior. Deprimida la producción rural, tuvo el país que pagar con oro su importación al extranjero. Bajó el papel de toda especie, bajaron todos los valores, se contrajo el crédito, la especulación no pudo proseguir, ni pagar y tuvo que liquidar; y de ahí las quiebras, ruinas y miseria general.

Mejorando la balanza de la exportación e importación, volverá el oro al país, subirán relativamente todos los valores, volverá relativamente el crédito público y privado, pero las ruinas que ha producido el error de quince años, y la crisis, que ha sido su resultado, han de pesar, por muchos años, en la marcha del país.

§ XXIII.—UNA CITA DE SMITH

¡Cuántas veces no tendría hoy razón la Inglaterra de decir de las repúblicas de Sud América, lo que Adam Smith decía de las colonias inglesas de Norte América, en su tiempo!

“No es porque sean pobres que sus pagos son inciertos e irregulares, sino porque están hartos atormentados del deseo de hacerse extremadamente ricos en un momento:” (1)

Eso decía Smith hace cien años de los que son hoy los ciudadanos de los *Estados Unidos*.

La pobreza actual de la República Argentina consiste en la ruina de la riqueza de ayer.

Y como esa riqueza era excepcional y oficioso, así será su pobreza excepcional de hoy: transitoria.

El país volverá a su pobreza ordinaria, ni grande ni chica, con esa diferencia en contra, sin embargo: que tendrá en adelante que pagar el interés de la deuda que contrajo *como si fuese un pueblo de seis millones de habitantes*, cuando, en realidad, no contiene sino dos millones de pagadores, que siendo *dos* deben como *seis*, según Avellaneda.

Así, el que sea ajena la riqueza que ha perdido, no quita que sea propia la deuda que ella le ha dejado y el gasto del pago de sus intereses, como su gasto ordinario de siglos, gracias a Mitre, Sarmiento y Cía. Los nietos de nuestros nietos llevarán sobre su cuello el yugo que les deja en herencia la amabilidad de esos gobiernos.

(1) *Riqueza de las Naciones* — L. V., Cap. III.

No porque ignoren cómo y cuándo pagan de su bolsillo, esa servidumbre deja de gravitar sobre su pan, su vestido, su casa y su bienestar de cada día. Todo eso se disminuye y merma en proporción de la parte que la deuda Mitre-Sarmiento les quita para pagar diez millones anuales de intereses.

§ XXIV.—PROSPERIDAD QUE PRECEDIÓ A LA CRISIS

Los torrentes de oro tomados por riqueza o signo de riqueza argentina en los últimos años de prosperidad, eran riqueza inglesa, no argentina, riqueza extranjera inmigrada en el país, como su población europea, originada en un trabajo y en un ahorro que no eran virtudes del país porque eran el trabajo y el ahorro del país extranjero que los produjo, los acumuló y los prestó a la República Argentina, es decir, a los gobiernos que heredaron el crédito levantado por los trabajos del gobierno de Urquiza, reaccionario del despotismo de Buenos Aires.

Nada más fácil que demostrar la verdad de este aserto por el mero cuadro de los empréstitos extranjeros y emisiones o empréstitos internos, de que se compone el total de la doble deuda nacional y provincial de la República Argentina.

Las ocho décimas partes de esa deuda son de origen reciente. En la parte extranjera de esa deuda no hay nada que pertenezca a los gobiernos de Rosas y de Urquiza.

Toda ella fué contraída por el partido dicho *liberal* o *unitario*.

He aquí el cuadro de su cronología y carácter:

EMPRÉSTITOS

AÑOS	CARÁCTER	CANTIDAD EN £	Gobierno o período de
1824	BUENOS AIRES	1.000.000	Rivadavia
1857	BUENOS AIRES	1.641.000	Mitre
1868	NAC. ARGENTINA	2.500.000	Mitre
1870	BUENOS AIRES	1.034.700	Sarmiento
1871	ARGENTINO	6.122.400	Sarmiento
....	ARGENTINO (Har Doll.)	3.623.184	Sarmiento
1872	ENTRE RÍOS	226.800	Sarmiento
1873	BUENOS AIRES	2.040.800	Sarmiento
1874	SANTA FE	300.000	Sarmiento
1876	ARGENTINO (interior)	2.000.000	Avellaneda
		20.836.884	

EMISIONES (o empréstitos indirectos interiores)

AÑOS	CARÁCTER	CANTIDAD en papel moneda	Gobierno o período de
1822	BUENOS AIRES	2.694.856	Rivadavia
De 1826 a 1836	NACIONAL	12.188.684	Los dos partidos
De 1836 a 1854	BUENOS AIRES	135.237.520	Rosas
De 1854 a 1861	BUENOS AIRES	25.000.000	Varios
1861	BUENOS AIRES	160.000.000	Mitre

§ XXV.—MALES REMEDIABLES DE LA CRISIS

Decir que las cosas del Río de la Plata han vuelto a caer en el estado en que se hallaban antes de la caída de Rosas, no es agraviar al gobierno actual, como tal vez lo piensen sus partidarios; es, al contrario, cumplimentarlo, porque el presente estado es peor que lo era el del país bajo Rosas.

No hay en esto la menor exageración, el menor sofisma.

Bajo Rosas no debía el país sesenta millones de pesos fuertes al extranjero, cuyos intereses absorben la mitad de su renta pública, la mitad de lo que cada argentino saca de su bolsillo para costear al gobierno que no le da seguridad; su deuda interior no era de otros sesenta millones. Buenos Aires no debía un millar, es decir, los mil millones a que hoy sube su deuda del papel-moneda. En todo el país había seguridad de vida y bienes para el que no era adversario del gobierno. Los indios se guardaban bien de atacar las haciendas. El Brasil, Chile y el Estado Oriental, toda Sud América, hacían la corte al gobierno argentino de entonces. Todos lo temían más que lo desdeñaban. No había gas en Belgrano ni en Flores, es verdad; pero ¿a qué sirve un gas que no se paga? Es el caso del refrán: para semejante candil más vale dormir a oscuras. ¿Está el país mejor representado en el extranjero? Yo ví en Río el salón de Guido invadido a menudo por la aristocracia imperial. ¿En Europa está hoy el país mejor representado que entonces? Baste decir que tiene hoy el mismo representante que Rosas: el que cayó con él en *Monte Caseros* después

de negociar el tratado de Le Predour, por el que debían ser entregados a Rosas los que hoy gobiernan. ¿Qué hace hoy día? Lo que hacía entonces: abstenerse de hacer tratados de comercio, vigilar a los *enemigos de Buenos Aires*, como Rosas apellidaba a los *Rivadavia*, a los *Florencio Varela*, y entonar himnos a San Martín, el Santo Patrono de la legación, pronto a volver al país, desarmado de su espada de Chacabuco y Maipo que hoy adorna la tumba de Rosas en Southampton.

Mientras el poder argentino esté concentrado y establecido en Buenos Aires por ese método, la suerte de la República Argentina será la misma, quien quiera que la gobierne.

No son las personas la causa del mal; no son los Mitre, los Avellaneda, los Sarmiento. Son las cosas y la condición de las cosas, en que la liviandad de esos hombres se apoya, y cuya liviandad forma su fuerza.

Las cosas gobiernan por los hombres y no los hombres por las cosas.

Al revés de lo que una vez se ha dicho o pretendido, que en ese país las cosas se explican por los hombres, la verdad real es que los hombres se explican por las cosas.

Esos mismos hombres colocados fuera de Buenos Aires, siendo jóvenes, y sus padres, en Montevideo, en Chile, en Bolivia, en Europa (con excepción de Balcarce, que siempre ha vivido del localismo de Buenos Aires, sirviéndose de él para gozar en Europa con Rosas y con los enemigos de Rosas) han tenido otras ideas, otra conducta, otra política argentina.

El país entero y la misma Buenos Aires no han estado prósperos y en camino de progresar, sino cuando el gobierno ha estado fuera de Buenos Aires:—desde 1852 hasta 1860. Es decir, cuando el gobierno estuvo donde estuvo la oposición liberal de muchos años: fuera de Buenos Aires, donde escribieron las obras a que debieron su celebridad los Florencio Varela, los Valentín Alsina, los Mitre, los Rivera Indarte, los Gutiérrez, los Mármol, los Frías, etc., etc.

Vueltos a Buenos Aires, al favor de elementos extraños a Buenos Aires, ellos y sus hijos, han puesto el prestigio de sus nombres, ganado fuera de Buenos Aires, al servicio de las fuerzas de las cosas y de las rutinas, que combatieron durante la más bella parte de su vida, la parte liberal en realidad: la de la juventud, la de la edad de abnegación y desinterés real.

Han sido en Buenos Aires lo que hoy son: rosistas disfrazados de liberales; federales con federación a lo Rosas, en lugar de unitarios con la capital nacional en Buenos Aires a lo Rivadavia.

Condenan ridículamente a Rosas, a los treinta años des-

pués de su caída, para mejor abrazar y disimular su causa, que no es sino la de Rosas disfrazada.

Hablo de la causa económica, en que estuvo todo el poder real y omnímodo de Rosas: sus facultades extraordinarias, su dictadura. No estuvieron estas cosas en las leyes escritas, que llevan sus nombres, sino en los hechos económicos, de que esas leyes fueron mera expresión escrita, mero resultado considerados como hechos vivos esas leyes.

Con otros individuos, con otros nombres, con otros colores, son los hechos viejos, las viejas rutinas, los viejos monopolios locales, los que hoy gobiernan en la República Argentina.

La república está suprimida en el nombre de la *República*; la libertad deja de existir en el nombre de la *Libertad*; el progreso está paralizado en el nombre del *Progreso*; todo como en el Japón, como en Turquía; en una palabra, como en Sud-América, ex-colonia de España: la Turquía de occidente, como la llamó Jorge Canning.

El *nacionalismo* de esos nacionales, no tiene más que un inconveniente y es que por él está excluida la nación de la nación; es decir, la nación de la realidad de la nación de su fantasía. Ellos tienen su nación, tanto más suya cuanto es de su hechura; nación que en cierto modo existe en la realidad, pero cuya realidad existe toda entera en el papel.

Hay un argumento *ad-hominem* que pone de bulto la verdad de esta observación ante todos los ojos:—y es el de la exclusión y excomuniación absoluta de que es objeto en las funciones, en las uniones, en los compromisos que se celebran en Buenos Aires, el escritor calificado como enemigo de Buenos Aires por su crimen de ser amigo de la nación. Cuando hablo de él hablo de sus obras, que están más excluidas que su persona desconocida en Buenos Aires.

§ XXVI.—SANIFICACIÓN MORAL NECESARIA

Toda la intensidad y gravedad de la crisis resulta del estado enfermizo, en que la pobreza universal ha tomado al país argentino.

Si ese estado se conserva tal como estaba, la crisis se repetirá naturalmente y cada vez que se repita hará los mismos o mayores estragos.

Mayores de más en más, probablemente, a causa de un hecho nuevo que le aumenta en su deformidad.

Antes había catorce gobiernos. Hoy existe uno de más, que gasta como los catorce juntos. Es el gobierno nacional, que no vive sino para consumir. Afectado de corrupción, cecora como un tísico sin dejar de quedar débil. Ningún gobierno de provincia hubiese tenido la idea de tomar treinta millones prestados.

Se necesitaba de su debilidad para tragar tanto alimento.

La estadística se ocupa de todo en el Plata, menos de una cosa:—de darnos el número exacto de diputados y senadores y jueces y ministros que absorbe la quincena de gobiernos a que obedece el país.

Si todo eso queda en pié, y mientras quede en pie, las crisis tendrán de más en más los mismos efectos desastrosos que la presente, como el cólera y el vómito hacen los mismos estragos si la condición sanitaria del país se conserva la misma que antes de sus primeras visitas.

El país requiere una obra de sanificación moral paralela de la que se ha emprendido para evitar la vuelta del cólera y del vómito.

§ XXVII.—EL LOCALISMO ECONÓMICO DE BUENOS AIRES ENTENDIDO EN SU DAÑO

El estado de pobreza que en el Plata es tomado como una crisis económica, es, en gran parte, la mera restauración de la situación económica en que se hallaba ese país antes de la caída de Rosas.

Ella es la obra natural de las cosas, más que de las malas voluntades.

Se legitima, al contrario, a los ojos de sus servidores al menos, en nombre de una especie de patriotismo local, o de bien público provincial. Baste decir que los hechos de que esa situación se compone vienen de la mano de Rivadavia, su mejor protector en intenciones, ya que no en obras. Sus obras se explican por este simple hecho que las califica: ellas han formado las piezas y elementos del sistema económico con que ha sostenido Rosas su dictadura de veinte años.

Chassez le naturel, il revient au galop, dicen los franceses. El natural significa lo acostumbrado, lo rutinario, lo atrasado, siendo por lo común la naturaleza una primera costumbre, como dice Pascal.

Rivadavia, y no Rosas, fué quien dió su sanción prestigiosa a lo que fué obra de las cosas, y no suya, a saber: el Banco de la Provincia; el papel-moneda inconvertible de ese banco, convertido por él en banco de Estado, o de emisión

de deuda pública, en forma de moneda corriente y fiduciaria; la deuda pública de provincia: los empréstitos extranjeros de provincia; los empréstitos para obras públicas, aplicados a empresas de guerra (como el empréstito inglés de 1824 a la guerra del Brasil); las finanzas y el tesoro público de provincia; la autonomía o soberanía política y administrativa de provincia; la legislatura de provincia; la ley de provincia; la diplomacia de provincia; los tratados interprovinciales e internacionales de la provincia modelo.—Buenos Aires—tratado litoral, tratado con Inglaterra.

El *provincialismo*, en fin, llamado más tarde *federalismo* por Rosas y sus sucesores, fué una obra natural de descomposición del gobierno general, producida por las fuerzas de las cosas y sancionada por el saber incompleto y empírico de Rivadavia. Los hechos que consagró Rivadavia fueron más fuertes que sus ideas y su deseo de restablecer la unidad histórica del país. Esa unidad tuvo su triunfo en 1852, en la caída que con Rosas hizo el provincialismo, y de ahí la gran prosperidad y ascendiente de todo el país en los años posteriores a Rosas.

Pero el desquicio renació y la situación económica de Rosas, restaurada, ha producido su fruto natural:—la pobreza, la despoblación, el descrédito, el malestar, la decadencia del país.

Entender y servir de este modo el interés de Buenos Aires, no es servirlo. Es al menos entenderlo y servirlo como lo hicieron Rosas y los federalistas reaccionarios de su tiempo.

Todo el mundo sensato llamó a Rosas imbécil y absurdo en su manera de comprender el interés de Buenos Aires, y lo fué, en efecto, porque arruinaba y despoblaba el país por su política económica, sin hablar de su política de sangre y terror.

Pero los que se honraron de decirse adversarios y antagonistas suyos en la manera de entender y servir los intereses locales de Buenos Aires, no hacen hoy más que restaurarlo, rehabilitarlo y copiarlo servilmente en lo que es menos accidental y desastroso que el terrorismo: en el desarreglo y desorden de los intereses económicos de Buenos Aires erigido en institución permanente y fundamental.

Todavía Rosas y los hombres de su tiempo tenían la excusa natural de su ignorancia y atraso peculiares de su país en esa época; pero es imperdonable su repetición, en quienes, por su educación, y su tiempo, están obligados a conocer lo absurdo del sistema económico de Rosas, y lo conocen, más que probablemente, sirviéndolo de mala fe, por falta de rectitud política y de esa energía en que Rosas queda sobre ellos como un gigante de grandeza y poder.

Ya pasó el tiempo de disimular que si Rosas y sus hombres más prominentes fueron la vergüenza del país, por las brutalidades de su gobierno, desplegaron al menos esa energía de voluntad que en todas partes forma el rasgo distintivo de los grandes hombres de Estado.

Esta gran calidad ha faltado del todo a sus pobres sucesores, que solo han brillado en el talento bufón de ganar su rango y su pan, descubriendo su cabeza del gorro frigio de libertad y prodigando sonrisas y saludos respetuosos a las preocupaciones más estúpidas y atrasadas, que ha podido dejar por legado el coloniaje secular de los dominadores españoles.

§ XXVIII.—CUNA O SITIO DEL ORIGEN DE LA CRISIS

En todas partes puede escribirse la verdad de la crisis económica argentina menos en Buenos Aires, donde está su causa real, en parte invisible, porque es imposible señalarla sin riesgo de sublevar la cólera del interés que la produce y mantiene.

La *crisis argentina*, como se llama en el estilo de moda a la más crónica de las dolencias de ese país, proviene y consiste en el vicio orgánico con que vive desde que empezó su existencia de nación independiente de España.

Ese vicio, señalado en vano tantas veces, porque su poder mismo triunfa de sus reformistas, no ha hecho más que agravarse de más en más en cada ensayo tentado para remediarlo, y esa agravación extrema de estos últimos tiempos, es lo que constituye el estado ya imposible que se llama *crisis*.

Puede haber en ella un poco de la crisis general que todos los mercados sufren en este momento, pero en su mayor parte la crisis actual argentina es la misma crisis de 1857, 1860, 61 y 66.

Es peculiar y propio del modo de ser de que el país deriva su historia política y comercial, y el carácter de su naturaleza es a la vez económico y político, en cuyos dos aspectos constituye un mal peculiar del país que nada tiene de semejante y común con la crisis de Estados Unidos, de Alemania, de Italia, ni de Chile, ni del Perú mismo.

Es tan peculiar y *sui géneris*, como la condición que allí tienen los elementos del gobierno y los elementos de la riqueza pública.

No son dos hechos separados, sino dos faces de un doble hecho económico y político.

Es el país del mundo en que mejor se realiza este hecho, —que la política es economía y la economía es política.

El desquicio en que ambas cosas se mantienen en servicio, mal entendido, del interés local de Buenos Aires, ha sido la

causa de todos los males de ese país, de sesenta años a esta parte; lo es del mal actual y lo será de los males futuros, hasta que el país o el Estado, desaparezca, si por un accidente feliz no se remedia antes que eso suceda.

Pero eso sucederá como a la Polonia, si se puede juzgar de lo venidero por lo que ha sucedido en el pasado.

Y hoy mismo es una especie de Polonia. Los países que forman las repúblicas de Bolivia, del Paraguay, del Uruguay, las islas de Falkland, (o Malvinas) fueron partes integrantes del vireynato de Buenos Aires, hace cincuenta años.

Son territorios que hoy están en camino de continuar esa ley de descomposición del ex-virreinato, los países del "Chaco" y de "Patagonia".

La simple geografía ha conservado el resto; pero ella misma amenaza a las provincias de Entre Ríos, Misiones y Corrientes con la misma suerte que su acción deparó al "Paraguay", a "Bolivia" y al Estado Oriental del "Uruguay". El Paraná es un límite natural peligroso y tentador por su magnitud para favorecer conatos a la independencia, en que el sufrimiento puede llegar un día a buscar su remedio aunque ilusorio.

Se ha llamado a esas provincias la Mesopotamia del Plata como si el "Eufrates" y el "Tigris" fuesen navegables. Si es por estar entre dos ríos, otro tanto pudiera decirse del Paraguay, encerrado entre el "Paraná" y el río de su nombre. Pero todos los países de su vecindad de occidente son otras tantas Mesopotamias o Entre Ríos, por estar situados entre ríos navegables: Santa Fe, por ejemplo, está fortificada y protegida por los ríos "Salado" y "Paraná"; el Chaco meridional por el "Pilcomayo" y el "Paraguay"; el Chaco central por el "Pilcomayo" y el "Paraguay". Es un grupo de Mesopotamias o de países entrerrianos que forman un sistema de ciudadelas situadas como en orden de batalla o resistencia sistemada por otros tantos fuertes o reductos salientes, apoyados unos en otros como para resistir la acción estratégica de Buenos Aires dirigida a darles, por la fuerza, la ley que conviene a su interés local y perjudicial al interés de los demás.

§ XXIX.—CAUSA ANTIGUA Y PERMANENTE DE LA CRISIS ECONÓMICA EN EL PLATA—EL ESTADO SOCIAL Y POLÍTICO DE COSAS QUE ES EL ESTADO COLONIAL DISFRAZADO.

Con Rosas cayó el *tirano*, pero no la *tiranía*, que nunca cae por una batalla, como no nace jamás la libertad por un triunfo de la espada.

Esa tiranía vive constituida y concuerda con el modo de ser de las cosas, del suelo, del hombre, de la sociedad, tal co-

mo los dispuso y regló el orden colonial español que duró siglos.

Esa tiranía precedió a Rosas y produjo a Rosas. Como una tiranía hace nacer y produce siempre al tirano o a los tiranos que la ejercen, después de caído Rosas no tardó en convertir a sus vencedores liberales en otros nuevos tiranos que le sucedieron.

No sin cambios graves, porque nada se restaura en la marcha de los pueblos al pie de la letra.

Desde luego, el cambio personal de los que desempeñan la tiranía normal y de los que la soportan, es decir, de la sociedad, según que ha recibido de fuera nuevas gentes, nuevos capitales, nuevas industrias, nuevos elementos accesorios y subalternos de civilización.

Esta especie de transformación imprime al nuevo estado de cosas un aire de progreso y libertad que no excluye la prosecución de la vieja tiranía cambiada de exterior, pero no de fondo.

Ella sigue existiendo en la condición del suelo, en su disposición geográfica, en sus hábitos sociales y económicos, en el carácter y modo de ser hereditario de la sociedad y de los hombres que la forman desde su origen secular.

Los nuevos tiranos no son tal vez feroces y sanguinarios como los antiguos, porque son hombres más nuevos, formados en tiempos y condiciones mejores que los antiguos. Pero ellos son los que les hace ser o les promete ser o les fuerza a ser el estado de cosas en que reside y consiste la tiranía.

En una palabra, son tiranos con todas sus apariencias, lenguaje, máximas, principios y leyes de libertades escritas y verbales, que no pueden convertirse en realidad por el mero deseo de los que gobiernan y de los que obedecen.

Un punto en que la vieja tiranía, lejos de desaparecer, se perpetúa y robustece, es el de los intereses económicos del país.

Como él cede en provecho de los que dirigen y manejan la sociedad instintiva y, naturalmente, ellos afirman, desenvuelven y mantienen el orden económico que les mantiene, fortifica y sostiene a ellos su condición de dirigentes y beneficiados principales del estado económico de la sociedad.

Ese estado u orden económico de cosas en que está constituido el poder tiránico que los dirige, tiene su centro, su capital normal de donde emana la dirección que gobierna el todo. Esa capital en el Plata está naturalmente hoy día donde estuvo bajo la tiranía de Rosas y bajo la tiranía de los virreyes de España; donde está el puerto, por donde el país entero se puebla de extranjeros, recibe las manufacturas de Europa que consumen y exporta los productos del país todo, con que compra y paga esas manufacturas y donde se produce la

renta de aduana en que consiste todo el tesoro federal. Allí está, en efecto, la aduana o entrada principal del tesoro, el consumo, el crédito, el centro de la riqueza en que reside el centro natural del poder o gobierno de todo el país.

Así, el que posee, ocupa y gobierna ese centro, gobierna el país entero que recibe de ese centro su riqueza, su vida, su impulso progresivo.

Ese centro será el centro-imperio de todo el país a que pertenece o que le pertenece. Su jefe será su tirano neto y general de todo él.

Puede la ley política atribuir la soberanía al conjunto del país entero; la ley económica se la dará en realidad al centro que posee el tesoro, en que consiste el poder efectivo. La ley política queda letra muerta.

Colocad un país bajo ese orden de cosas en Sud América, en Europa, en Asia, en Africa: los resultados serán los mismos. Las cosas no irán de otro modo.

No habrá más que un medio de distribuir el poder y llevarlo a todo el país: ese será el de distribuir en todo él las causas económicas del poder, las fuentes y elementos de riqueza; los puertos, los mercados, las aduanas, las tescrerías, el crédito, los bancos públicos o privados.

Que esa distribución será resistida, está en la naturaleza de las cosas. ¿Por quién? No hay que preguntarlo: por el centro-capital, que perderá todo el poder y riqueza, que la descentralización tendrá que sacar de él.

Así, entonces, vendrá un conflicto, entre el todo del país por tomar la parte de riqueza que por la ley política le toca, y el centro por retener para sí solo la parte principal de la riqueza que le dá la ley económica que la rige.

En rigor esta lucha o conflicto tendrá lugar entre la *moral* de un lado y el *interés* de otro; entre el *derecho* de un lado y el *hecho* de otro; en una palabra, entre la *nación* de un lado y la *localidad* central o metropolitana del otro.

Tal es, ha sido y será la lucha entre la nación o *República Argentina*, y la provincia-capital o *Buenos Aires*.

Al derredor de cada uno de estos intereses rivales y según el carácter de cada uno, así serán los hombres y obreros que se enganchen en sus banderas respectivas.

Los que subordinan el patriotismo al interés privado, toman el servicio del centro que monopoliza los medios de dar salarios y provechos suculentos; los patriotas verdaderos, que descuidan su interés por el de la nación, toman el servicio que solo promete honor y peligros.

Ocupadas la riqueza común y pública en mantener esta lucha, su destrucción será la consecuencia y el empobrecimiento de las dos porciones beligerantes del país, infalible y per-

manente resultado de ella. La vida de la lucha agotaría la fortuna pública y privada por varios caminos.

Imposibilitada la creación de un gobierno comun, eficaz y respetado, no habría ley obedecida, ni seguridad, ni libertad, *con estado de sitio continuo*, que será propiamente una tal vida.

El dinero que no se gaste en la guerra armada y los combates, será gastado en la guerra sorda y pacífica, en que vivirán ocupados los dos países beligerantes o secciones beligerantes del mismo país dividido y desunido.

Ese estado de guerra puede estar cubierto, como está, por un manto de unión que no excluye su existencia real; pero no puede dejar de producir, como su efecto natural, el empobrecimiento general y común de todo el país, del que tiraniza y del tiranizado, porque la guerra empobrece siempre por igual al vencido y al vencedor.

Es evidente, entre tanto, que la pobreza del país no acabará sino con el estado político de cosas que la hace nacer y mantiene.

La tiranía constituida por ese estado de cosas, tiene de curioso, que es ejercida por un tirano invisible y oculto como ella misma existe al presente. Es una tiranía impersonal y anónima, en cierto modo, y por lo tanto, peor que la de Rosas, porque el tirano es irresponsable. Dada la oscuridad en que la ejerce con toda impunidad, el tirano hiere a golpe seguro y alevosamente, porque la víctima ignora su existencia.

Solo en la historia de Venecia se halla un ejemplo en el llamado "Consejo de los Diez", por lo misterioso, siniestro y tiránico de su gobierno.

Lo real es que lo que aparece ser un gobierno en la República Argentina, no lo es más que en apariencia. Tal gobierno es un mero simulacro e instrumento del que nadie vé.

Ese gobierno invisible es ejercido por el que aparentó concluir su período de seis años, y no hizo sino conservarlo bajo el aparato del que presentó como su sucesor. En una palabra, el gobierno de Avellaneda no es más que la continuación oculta y disfrazada del gobierno de Sarmiento. El presidente Sarmiento, menos franco que su colega el vicepresidente Alsina, conservó por el fraude el gobierno, que el otro no pudo conservar por la ley mal entendida y mal invocada.

Para ejercer su dominación tiránica en las provincias, se apoya, como es de orden, en el poder central y omnipotente de Buenos Aires, al cual vende, en cambio de ese apoyo, el interés de la nación. Con el apoyo de Buenos Aires, así obtenido, se impone tiránicamente al que solo es simulacro visible de gobierno nacional.

Ambos presidentes, el visible y el invisible, sacan de ese

comercio, por el que venden a Buenos Aires y Buenos Aires compra la sumisión y obediencia de la nación, que aparentan servir y que, en realidad, hacen servir a sus goces, a su codicia, a la posesión del influjo bastardo que ejercitan: sacan ambos por ese artificio el goce de sus grandes sueldos, de sus títulos y tratamientos soberanos, la conservación del poder y del rango que pueden prolongar por décadas y lustros, con solo permutarse los puestos, cambiados de nombre y de apariencia.

Si logran su idea, ellos subirán en bienestar tanto como descenderá el país.

§ XXX.—LA SUPRESIÓN DE LOS CAUDILLOS

Es un hecho reconocido que la Francia debe todos los progresos de su opulencia actual al establecimiento de sus caminos de fierro. Así lo confirma el testimonio de sus mejores economistas, por las palabras siguientes:

“Es incontestable que el gran instrumento de todo este desarrollo de prosperidad ha sido la creación de los caminos de fierro. Son los ferrocarriles, los que trayendo a la circulación y a los trasportes facilidades desconocidas hasta hoy, han operado en el progreso de la riqueza una influencia que no se habría sospechado y que ha sido prodigiosa” (Víctor Bonnet).

Lo que en Francia han producido los caminos de fierro sobre el desarrollo de la riqueza, han hecho en el Plata los afluentes de ese río abierto al tráfico directo del mundo entero, en 1852.

Esta comparación recibe su sanción del mismo economista citado por las siguientes palabras, que le pertenecen igualmente:

“Suponed que en un país en que no hubiese ríos navegables, un beneficio de la Providencia hiciese surgir de un golpe manantiales que se convirtiesen en ríos. Se adivina el efecto que resultaría de ello para la riqueza pública. Pues bien, un efecto tan grande como ese, ha sido producido por la creación de los caminos de fierro. Desde el descubrimiento de América y la influencia ejercida en el comercio por la abundancia de los metales preciosos venidos entonces del Nuevo Mundo, no conocemos nada que pueda compararse a la acción de los ferrocarriles sobre los progresos de la riqueza pública”.

Nada, excepto los ríos navegables, que el autor acaba de comparar a los ferrocarriles.

Que los afluentes del Plata han tenido en ese país abiertos al libre tráfico el influjo previsto por Víctor Bonnet, lo confirma el testimonio, tan respetable como el suyo, de un testigo ocular, por estas palabras que pronunció Wheelwright al inaugurar su ferrocarril Gran Central, entre el Rosario y Córdoba: “Después de cuarenta y un años he vuelto a visitar a

Buenos Aires, y he quedado sorprendido de su transformación. . . . Pero lo interesante para nosotros es notar la época que ha producido este cambio. Casi toda esa transformación es debida a los últimos diez años, fecha, señores, de la apertura de la navegación de los ríos; esta es la fuente de donde ha venido esta prosperidad, y la historia futura hará justicia al hombre que ha roto las cadenas del monopolio, rompiendo los cerrojos de los ríos, ratificándolo por tratados con la Inglaterra, la Francia y Norte América”.

Dar libertad a la navegación de los afluentes del Plata fué como crearlos de nuevo, porque estaban cerrados al tráfico del mundo marítimo, como los mantuvo España por tres siglos, en el interés, mal entendido, de los que conservaban el monopolio de esos ríos a favor de su situación geográfica.

Mientras que la ausencia de los ferrocarriles en Francia a ninguna de sus provincias beneficiaba, la ausencia de la libertad fluvial en el Plata formaba la riqueza malsana de los puertos, que, por su situación exterior, monopolizaban esa navegación y el comercio que por ella se operaba; o más bien dicho, dejaba de operarse en daño propio de los privilegiados.

El medio fácil que quedaba a los puertos que perdían sus privilegios de mantener sus ventajas, agrandadas por la libertad, era aceptar esa libertad con segunda intención y tomar a su favor en la unión con los países nuevamente enriquecidos, la parte que les reservaba su situación de una superioridad indiscutible.

En lugar de eso ¿qué hicieron? Aceptando, en principio, el advenimiento de los países antes secuestrados al goce igual de la riqueza, se pusieron a desconocerlo y neutralizarlo por medidas excepcionales tendientes a mantenerlos en su vieja pobreza, tomada como medio de agrandar la riqueza de los otros. Esas medidas fueron la *supresión de los caudillos*, que habían traído y podían renovar el cambio liberal del tráfico y el retroceso consiguiente de los países cuyos progresos habían sido servidos por el cambio de navegación fluvial.

Esas medidas reaccionarias fueron las guerras y campañas, que han sido origen de los empréstitos y deudas, causantes de la crisis y postración actual de todos esos países, vencedores y vencidos en la *lucha por la vida*, según la lengua de Darwin aplicada allí a los hechos económicos.

¡Si los millones de pesos y los miles de hombres muertos en esas guerras para empobrecer a los beligerantes, se hubiesen aplicado al engrandecimiento de su riqueza y mejora, qué distintas fueran hoy las situaciones de las repúblicas del Plata!

Es la suerte que hubiera cabido a esos países si en lugar de empíricos ignorantes y viciosos, hubiese tenido a la cabeza

de sus negocios media docena de hombres de estado de la escuela de Roberto Peel, de Cobden, de Gladstone.

Si el país necesitaba de guerras gloriosas para satisfacer sus hábitos de vida marcial, la conquista de la Pampa y de la Patagonia, ocupadas por hordas salvajes que devastan las campañas argentinas, habría servido mejor a la opulencia de esos países, que la destrucción del Paraguay, y la casi destrucción de Corrientes y Entre Ríos.

El puerto de Buenos Aires tenía un medio natural y eficaz de recuperar el valor de sus monopolios perdidos:—era el de mejorarse como puerto, el de hacerse realmente un puerto, como puede serlo, tomando el que ya está hecho para su servicio por la naturaleza y por la industria,—el de la Ensenada, anexado hoy a su ciudad por un ferrocarril, que lo pone a una hora de distancia. Pero ni hoy mismo aceptan sus hombres esa mejora que, en realidad, no es obra suya.

No solo el puerto, la ciudad misma de Buenos Aires, se halla en el caso de recibir la reconstrucción de que es capaz y de que necesita su opulencia, imposible con la condición que hoy le conservan sus defensores.

Buenos Aires no puede quedar como está. Nunca fué concebida para ser metrópoli de una nación opulenta. Con su planta de ciudad colonial española del siglo XVII, no puede ser viable en el papel de otra Nueva-York después que ha sido bautizada por el cólera y el vómito negro. En vano será cruzada por un sistema de caños subterráneos de desahogo, mientras sus calles sean otros caños exteriores. Sus calles no son calles, son carriles, y ya las mejores de ellas son ferrocarriles de sangre. No dirán que es copia de Nueva-York, de Washington o Filadelfia, los argentinos que llevan su sumisión a la autoridad del ejemplo de los Estados-Unidos hasta insertar en su boletín de leyes, las que dicta el congreso de Washington.

Es verdad que copiar leyes es menos árduo que copiar ciudades, sobre todo cuando las leyes copiadas dejan intacto el *statu quo* del país español de origen que las copia. Los árboles de Palermo, es decir, a una legua de Buenos Aires, no pueden dar sombra ni fragancia a sus plazas y calles. Una ciudad moderna y sobre todo americana, debe ser un jardín, no por vía de lujo, sino de primera necesidad y salubridad.

Si los millones gastados en destruir al Paraguay y a las provincias argentinas litorales, hubieren servido para indemnizar la propiedad privada, la ciudad de Buenos Aires estaría cruzada de espléndidas avenidas al estilo de Nueva York y de París, que serían otras tantas alamedas situadas en el corazón de la ciudad como Brod-Way, y los boulevares de París. Hermoseada Buenos Aires de ese modo, no habría

necesidad de suprimir a los caudillos del litoral, tenidos como cuna de campañas libertadoras, como la que abrió los afluentes del Plata en 1852.

Que la supresión de varios de esos caudillos obedecía al mal sistema que dejamos señalado, lo hace presumir el hecho de que ningún caudillo de Buenos Aires ha sido suprimido, excepto el que los otros derrocaron en Caseros.

¡Cuánto no hubiera aumentado la riqueza del país argentino, hoy empobrecido por sus malos gobiernos, si esos millones empleados en arruinar al Paraguay se hubiesen invertido en construir un ferrocarril al través de los Andes para atraer al Plata el tráfico del Pacífico, por esa vía corta y preferible a todas!

Mr. Michel Chevalier lo deplora, con razón, en su Prefacio a los veintidos volúmenes del informe sobre la Exposición universal de 1867, en Francia, por la causa del progreso general y común de ambos mundos.

Esa es la falta que, por igual motivo lamentó el hombre que fué llamado a construir esa vía de comunicación, que hubiese hecho la gloria de las dos repúblicas — del Plata y de Chile — por estas palabras que pronunció en el acto solemne de inauguración del Gran Central Argentino, que debía formar parte de esa línea, el 17 de Mayo de 1870:

“En el mismo Córdoba, señores, recibí la funesta noticia de la guerra del Paraguay, causa de infinitos y muy graves males, que ha continuado, casi hasta la conclusión de la obra, privándonos de peones de los terrenos, y causando revoluciones que tanto nos han perjudicado, agregándose a todo esto, los estragos causados por el cólera, cuyos efectos, señores, jamás podrán ustedes olvidar”. El cólera, como se sabe, era importado por esa guerra en el país, que nunca lo conoció, llamado por su salubridad proverbial *Buenos Aires*.

Así fueron calificados, por eminentes órganos del mundo económico, los gastos de caudales argentinos hechos en las guerras, que han venido a ser causa original de la crisis o destrucción de ingentes capitales perdidos para la riqueza de esos países, hoy empobrecidos por la locura de sus hombres públicos.

§ XXXI.—EL SISTEMA ECONÓMICO DE ROSAS MANTENIDO POR SUS ADVERSARIOS

Es la primera consecuencia de la autonomía e integridad territorial de la provincia de Buenos Aires la apropiación que esa provincia se hace de la ciudad de su nombre como capital de un estado autónomo. La posesión de la ciu-

dad de Buenos Aires envuelve la del puerto principal de la nación; la del comercio indirecto exterior, casi monopolizado a ese respecto; la del impuesto de aduana, que forma las nueve décimas parte del tesoro de la nación; la del crédito público garantido por el impuesto de aduana, es decir, la facultad o poder omnímmodo de levantar empréstitos extranje-ros e interiores sobre todo por la emisión de su crédito o deuda pública en forma de papel-moneda inconvertible.

Todo eso era mantenido por Rosas sin disfraz y abiertamente, — en su crudeza y desnudez más grosera y cínica.

Todo es mantenido por sus antiguos adversarios y sucesores en el poder, bajo formas modernas de un liberalismo aparente, que guarda intacto el fondo del viejo desorden que mantuvo al país pobre, despoblado, anarquizado, en constante desacuerdo consigo mismo y con sus vecinos extranjeros, más fuertes por su consolidación que nuestro país argentino debilitado por la división sorda de sus intereses económicos.

En efecto, la segunda consecuencia de la autonomía e integridad de Buenos Aires, que Rosas defendía en nombre del sistema federal al estilo de Norte América, (de México, en todo caso), era la imposibilidad en que ese estado de cosas dejaba a la Nación Argentina de constituir un gobierno nacional compacto, regular y dotado de la energía necesaria para llevar a cabo su mandato, con sólo quitarle su capital histórica y natural — que es la ciudad de Buenos Aires, desprendida de su provincia, — pues por ese despojo esta provincia dejaba a la nación en la plenitud de su poder constitucional y esencial, que consiste en la *jurisdicción exclusiva, inmediata y directa* en la ciudad de su residencia; sin la plenitud del goce de su tesoro público, es decir, del producto de su contribución de aduana y del crédito público de que ese impuesto es gaje, quedando todo esto con el puerto, contenido en la ciudad de Buenos Aires, fuera del poder inmediato, exclusivo y directo del gobierno de la nación.

Tal era el estado de cosas que Rosas mantenía en nombre del federalismo traído por Dorrego de los Estados Unidos y aplicado al revés, y que sus adversarios inteligentes y patriotas combatían, con razón, en nombre del progreso de la misma Buenos Aires.

Pero todo eso es conservado hoy mismo con distintos nombres y formas exteriores, aunque lo mismo en el fondo, como lo prueban sus efectos presentes que no lo dejan mentir.

En nombre del amor a Buenos Aires, sus libertadores actuales conservando lo mismo que atacaran en defensa de Buenos Aires.

La verdad es que sólo enemigos de Buenos Aires pueden

entender, tener y servir de ese modo la causa del interés local. En efecto, así lo entendió Rosas y por ello fué derrocado como enemigo de Buenos Aires, como lo era, en efecto, por su política económica, más que por sus crueldades.

Su más eminente opositor liberal lo probó admirablemente en las páginas del "Comercio del Plata", periódico argentino, que se publicaba en Montevideo.

Lo curioso es que muchos de los que concurrieron a derrocar a Rosas como enemigo de Buenos Aires, porque practicaba la política económica denunciada por Florencio Varela, hoy sostienen y defienden esa misma política como amigos de Buenos Aires y tratan como Rosas trataba a los que tienen las ideas económicas del fundador ilustre del "Comercio del Plata". El mero título de su periódico descubría ya su misión económica.

Porque no han restaurado hasta en sus detalles grotescos el sistema económico de Rosas, pretenden que lo han invertido totalmente en sentido liberal.

Uno solo de los fundamentos del edificio económico de Rosas y base de su poder dictatorial, conservado hasta hoy por sus adversarios personales, ha bastado para operar la restauración entera del sistema derrocado en 1852.

Ese hecho, en que Rosas hizo reposar toda la fábrica de su federación, es la autonomía e integridad provincial de Buenos Aires.

Las dos consecuencias capitales de ese hecho, en el organismo político de toda la Nación Argentina, subsisten hasta hoy con la misma o más energía que en tiempo de Rosas.

§ XXXII.—LA REACCIÓN ROSISTA.—FUERZAS QUE ESTÁN EN PIE

Los autores, agentes o instrumentos de los progresos ocurridos en el Plata de veinte y cinco años a esta parte, fueron Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe.

Esas tres provincias fueron el brazo con que Urquiza derrocó la tiranía de Buenos Aires, que duraba ya veinte años (Entre Ríos y Corrientes), y edificó el orden liberal de cosas que sucedió después (Santa Fe).

El Paraguay, litoral como ellas, no ayudó a ese movimiento, pero se plegó a él y lo siguió, sancionando el primero la libertad y el comercio directo con Europa por ese tratado de Marzo de 1853, que precedió a los tratados argentinos de libertad fluvial el 10 de Julio de ese mismo año.

López, del Paraguay, marchó en el sentido liberal de Urquiza, sin aliarse a él.

Naturalmente, los redentores—pueblos y hombres—fue-

ron sacrificados por los redimidos. Urquiza y López acabaron por purgar la pena de su crimen de redentores con su cabeza, y lo curioso es que murieron como enemigos del progreso.

Y los cuatro países litorales que inauguraron el movimiento regenerador del Plata, son hoy un campo de ruinas.

La reacción que ha hecho esas ruinas, las ha pagado caras. Ellas han caído sobre sus autores. Esas ruinas han costado millones y millones, que sus autores han tomado prestados para la obra de esas demoliciones reaccionarias; es decir, para las guerras contra Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y el Paraguay, hechas con la plata de los empréstitos levantados en Londres a ese fin, y de las emisiones de papel-moneda, que son otros tantos empréstitos arrancados a los argentinos, los cuales constituyen los abusos gigantescos de crédito, originarios y causantes de la crisis última, es decir, reciente.

Naturalmente, la reacción despojó de su bandera de progreso a sus víctimas y con ella cubrió mejor su obra de reacción a los ojos del mundo civilizado, que aplaudió, con la imbecilidad que le es natural, lo que se hacía en su propio daño y perjuicio.

La reacción no supo o no pudo manejar la bandera que no era suya, de una causa que era la contraria de la suya: así, en lugar de progreso, adoptó la exageración del progreso, la inflación, el progreso enfermizo y malsano, que produjo crisis y ruina en su propio campo.

En una palabra: todo el progreso real del Plata, en los últimos años, vino de los cambios operados contra el gobierno de Rosas y su sistema de atraso; acampados en Buenos Aires todos los desquicios y calamidades que han sucedido a esos progresos, han nacido de la reacción operada contra esos cambios y sus autores principales.

La mentira puede ocultarlo y tergiversarlo todo menos las fechas, los actos históricos y los nombres que los suscriben.

En el bien y en el mal, los efectos no se siguen a las causas, sino con intervalos de tiempo, que desorientan el ojo del vulgo.

Diez años después de caído Rosas, recién surgieron los efectos benéficos de su caída; diez años después de caído Urquiza y su obra de progreso, surgieron los efectos desastrosos de la reacción del viejo desorden.

Así están hoy las cosas: en el caso de volver al punto de partida de 1852.

¿Cómo y de dónde volverá la reacción de vida? Los viejos obreros e instrumentos han sido rotos a propósito. Pero no se han secado los ríos, es decir, los manantiales naturales de su poder de iniciativa. Ese poder volverá a venir como el pasto de los campos con las aguas naturales.

Pero el cambio volverá otra vez por agua. En la América mediterránea no hay ni puede haber iniciativa: allí vive más ardiente el deseo del progreso, pero no la inteligencia ni los medios de progreso.

El único progreso real allí existente, es el que trajo la España del tiempo de la conquista, siempre por agua.

No hay que confundir y tomar los hombres con y por las causas que los han producido. Los hombres han pasado dejando en pie las causas o fuerzas que obraron por su intermedio en la revolución progresista de 1852.

Esas causas son los pueblos litorales y los medios de progreso que deben a su situación geográfica de verdaderos apóstoles y agentes de la regeneración del Plata.

Dar por muertas y sepultadas esas causas, porque los hombres suscitados por ellas en 1852—Urquiza, López, etc.—han desaparecido, es hacer como el pueblo ignorante de España que creía matar y enterrar el cólera morbus, matando al pobre diablo, que su ignorancia tomaba como la personificación del mal que estaba en la naturaleza: como el vulgo ignorante de los historiadores sudamericanos, que toma como encarnación de la libertad a los hombres que la *causa o fuerza natural* de la revolución de la independencia usó como instrumentos automáticos para sacudir la dominación moribunda de España en Sud América.